

traidor y cobarde, al cortesano vil, que al fin debería ser revelado y ajusticiado, que pudo hacer mucho daño a todos y más de una vez lo hizo antes de ser destruído por nuestro coraje. Pues bien, ahora en nuestra adultez, en medio de un mundo combatiente y solapado, vemos cómo aquella primera convivencia reveladora de la miseria universal, fué el gran ensayo, la genial escaramuza del mundo, donde la fantasía vertió su elixir salvador.

En el libro de Ferenc Molnar, transparente en su don de simplificación esencial, brillan las condiciones humanas señaladas, a través del compañerismo y del amor hacia lo creado y hacia la propia parcela. El drama alcanza su paroxismo cuando estas condiciones se cruzan con la crueldad obligada y con la muerte, el supremo verdugo. El alma es desmenuzada y llevada con sus reacciones sin sombras; una sensibilidad no común presta su temblor y su aire a los sucesos y al ambiente en que se desarrollan. Libro donde el niño ha sido puesto con su alma intacta y donde la vida imaginativa reemplaza con la ventaja de su prístino sortilegio a los recursos del instinto adulto. —LAUTARO YANKAS.



<https://doi.org/10.29393/At266-23PHCC10023>

PÁGINAS HISTÓRICAS, por *Alberto Edwards*. (Editorial Difusión Chilena)

Las letras chilenas guardan con celo y orgullo el nombre de Alberto Edwards, uno de esos escritores que ostentan, ante todo, el sello inconfundible del ensayista, del hombre que no teme enfrentarse con los problemas más arduos. De Alberto Edwards nos han quedado libros tan interesantes como lo son «La Fronda Aristocrática»; el «Bosquejo Histórico de los Partidos Políticos» y «La Organización Política de Chile». Ahora la Editorial Difusión Chilena ha entregado un nuevo libro de Alberto Edwards, el cual no nació de su pluma en forma de volu-

men, sino que en jornadas diversas; son ensayos que se recopilan con un gusto exquisito.

Alberto Edwards ha penetrado como pocos escritores nacionales en el alma misma de nuestro país; era un estudioso y un artista; de ello han nacido estos ensayos que se refieren a Portales, a la Constitución de 1833, al célebre escritor chileno Jotabeche; al Manto y la mantilla en la Catedral de Santiago el año 1821, etc.

La obra tiene la unidad que le da el estilo del escritor, el cual en Alberto Edwards es sencillo, parco y no pocas veces elegante. Elige sus temas de acuerdo con sus predilecciones, las cuales siempre se inclinan a la historia política y social de Chile. Fué en esa materia un docto y conoció a fondo las características que rodearon nuestro nacimiento a la vida de pueblo libre, el proceso político de Chile y el ambiente en que se desarrollaron los acontecimientos.

Lo individual y lo colectivo han sido enfocados por su talento de escritor; fué un admirador de Portales y de Jotabeche. A ellos dedica ensayos que sobresalen en el libro que comentamos. Al mismo tiempo que los juzga, que los analiza en su vida y obra, expresa sus personales opiniones acerca de los problemas que su recuerdo suscita. Vemos en ese terreno moverse al escritor premunido de una profunda sabiduría de los espíritus y del sucederse y encadenarse de los acontecimientos. Siempre su juicio es firme, veraz y claro. Don Alberto Edwards no necesita de muchas citas o rodeos para llegar a la médula del asunto. Le bastan los fundamentos para construir un edificio magnífico y lucir sus dotes de maestro del ensayo.

Con mucha sal y no poca sabiduría habla de Portales y la Mujer y expresa: «Para juzgar el alma de Portales, bajo este y otros respectos, es preciso recordar que el hombre ilustre, creador genial de nuestra vieja república, era a la vez el más chileno de los chileros y el más español de los españoles: el producto

genuino y sin mezcla, profundamente castizo, de su tierra y de su raza».

Y agrega: «Su manera de sentir el amor y la mujer, no podía ser la de los románticos de principios del siglo XIX, empapados en un sentimentalismo falso y verboso, un tanto convencional y acaso hipócrita, ni tampoco el de los cosmopolitas de nuestro tiempo, para los cuales, en el fondo, ya ni hay amor ni hay mujer. Su moralidad sexual no fué tampoco la de un puritano de Inglaterra ni la de un burgués de la Francia de Luis Felipe. Encontramos en Portales al caballero español del más puro tipo, tal como lo describieron los escritores del siglo de oro con rasgos inmortales, y como todavía lo encontramos hoy en Sevilla, en Córdoba y en Granada».

Bastan estos rasgos señalados por don Alberto Edwards para que nos formemos un concepto claro de lo que era el temperamento y la psicología del célebre político. Era un caballero español chileno que no había perdido los jugos vitales de la cepa cuyas raíces están en la Madre Patria. Esas corrientes católica y morisca, feudal y democrática, sensual y devota que florecen en tierras de andalucía tuvieron, según nuestro autor, muy claros rebrotes en Portales.

Señala en otro de sus ensayos las virtudes, si así pudiésemos decirlo, de la Constitución de 1833 que por espacio de tantos años rigió la vida de la República. El, como conocedor profundo que era de los entretoros del Derecho, tiene sobrada autoridad para trazar la biografía de esa Constitución, cuyos fundamentos sirvieron para que se edificara nuestra vida democrática, de nación respetada por las virtudes cívicas de sus Gobernantes y de su pueblo.

* * *

Jotabeche, el primer escritor chileno de costumbres, mereció de don Alberto Edwards uno de los ensayos más certeros y veraces que acerca de su obra y persona se hayan escrito.

El señor Edwards, a través de su erudito estudio, enfoca en su totalidad la valía de la obra realizada por Jotabeche y lo sitúa en el medio ambiente en que actuó. Nos adentramos en los caminos del escritor guiados por un espíritu despierto, de nobles intenciones y de claro decir.

Hay en este ensayo observaciones tan fundamentales sobre Jotabeche como éstas: «Aunque educado bajo el ala protectora del gobierno de los pipiolos, Vallejo no sentía inclinación a hacer causa común con los vencidos de 1830. Su espíritu sereno, escéptico, desprovisto de ilusiones, eminentemente chileno y positivo, no le permitía apasionarse por doctrinas abstractas, ni mucho menos por quimeras peligrosas. Los hombres formados como él por la lucha áspera de cada día, llegan a adquirir una concepción harto más simple de la vida. Así es Chile y así Vallejo. Sus odios, sus afectos, fueron prácticos y se encarnaron, por lo regular, en hombres de carne y hueso. Aquel bando de soñadores y utopistas, condenado a un irremediable fracaso por la exageración de sus doctrinas y por su actitud anárquica y revolucionaria, no contó jamás con sus simpatías».

En estas líneas ya don Alberto Edwards se adelanta para darnos una idea completa de lo que fué la personalidad de Jotabeche; escritor cáustico, que supo sonreír y a veces herir con delicadeza. Hombre de espíritu independiente que amó vivir en su soledad para poder juzgar a los demás, sin mezclas de amistades o inclinaciones nacidas de vínculos comunes.

Defiende a Vallejo de quienes no han querido ver en él más que a un imitador de Larra. A este respecto dice: «Si algo distingue a nuestro gran escritor de costumbres, es lo espontáneo de la inspiración, la originalidad de la forma, el estilo castizo, si se quiere, pero más chileno que castizo».

Siempre Alberto Edwards tuvo como norte de sus escritos el destacar todo lo nuestro; dar a conocer la tierra de Chile a través de sus instituciones fundamentales, de sus hombres más notables y de sus costumbres. Por eso nadie como él podía en-

focar la personalidad de Jotabéche, chileno tan chileno, escritor de costumbres y satírico que revela todo el temperamento de nuestra raza.

Jotabeche vivió ilusionado por las minas, por la riqueza que jamás poseyó; fué un soñador y por lo mismo un escritor. Esto no escapa a la visión poderosa del señor Edwards, quien tiene frases muy felices para presentarnos ese aspecto característico del hijo de las tierras de Copiapó: «En aquel tiempo era imposible vivir en Copiapó sin convertirse en minero. No tardó, pues, Vallejo en adquirir barras y pertenencias; pero, al correr tras la fortuna, que pronto se le mostró propicia, no dejó adormecer su temperamento de artista. La sublime desolación del desierto y sus riquezas ávidamente codiciadas, lejos de extinguir el fuego de su inspiración, le suministraron un elemento nuevo, lleno de originalidad y poesía; tan cierto es que el arte sabe embellecerlo todo: «Me gusta, decía pocos meses después de su llegada, esta naturaleza tan sin expresión, tan bruta y tan rica. Me parece ver en ella a uno de nuestros mayorazgos bestias».

Ciertamente que Alberto Edwards ha querido señalar estas características de Vallejo para que conozcamos mejor su espíritu de hombre de batalla, de escritor que no se dejó sojuzgar por la suerte de unas barras de metal. El fué más allá y logró superarse en una misión del verdadero escritor que alcanzó a aceptar las costumbres de los chilenos del norte en sus rasgos más esenciales, en sus más bellas expresiones.

Siempre le inquieta la vida misma de la República; sea en el asunto puramente jurídico o en el literario, el señor Edwards va en busca de la verdad de Chile. En este ensayo, después de realizar el ensayo psicológico del escritor de costumbres, anota: «A esta cristalización definitiva de la nacionalidad, formada ya en su carácter y líneas generales, con sus elementos sociales en reposo, debemos atribuir en primer término el renacimiento literario de 1842. Pasada era ya la época áspera y ruda de la gestación, y Chile iba a recoger los frutos de sus largos padeci-

mientos». Enrolado más tarde en la continuación de ese renacimiento literario del 42, y más que eso, siendo como él realizador máximo de la chilenidad, Jotabeche triunfa en sus soledades de Copiapó y redacta sus artículos de costumbres, los cuales han dado tema al señor Edwards para abrillantar todavía más su pluma de maestro:

Como estampas de color, de forma nueva, de acertados detalles, nos entrega sus relatos que dicen relación con la vida santiaguina del siglo pasado de la cual fué siempre un enamorado. Desfilan gracias a sus escritos, las más interesantes escenas de la vida de los primeros años de la patria, al mismo tiempo que podemos conocer nuevos detalles de la personalidad de los gobernantes y del ambiente en que crecían y se desarrollaban las patriarcales costumbres.

Son páginas llenas de intención, de velada profundidad, de elegante decir en las que campea más el escritor que el ensayista. Una nueva fase de las virtudes literarias del señor Edwards se nos presenta; no despreciamos este panorama renovado de color y de sabroso recuerdo de lo antiguo, porque se debe a un escritor que sabe de su oficio como el alfarero más devoto de su obra.

El señor Edwards en estos ensayos y crónicas del tiempo viejo, ha sido verdadero escritor y ensayista, dos virtudes poco comunes entre los que manejan la pluma en este país.—C. R. C.



EL LOBO ESTEPARIO, por *Hermann Hesse*. México, 1946.

En 1931 La Editorial Cenit de Madrid dió a conocer, por primera vez en el habla castellana, «El lobo estepario» de *Hermann Hesse*, en una traducción de *Manuel Manzanares*. Fué el primer contacto de la gran obra de *Hesse* con los lectores de habla hispana, la que luego reproducirán casi íntegra («*Demión*», «*La ruta interior*», etc.), las editoriales americanas,